

En Chile no existe crítica de poesía

Por Teófilo CID

El oficio de poeta ha sido siempre ingrato. Sombrío destino se cierne sobre su existencia, desviando sus impulsos, torturando su conducta. El hecho mismo de que su sensibilidad contenga una vibrante hipersensibilidad lo coloca en una situación bastante desfavorable frente al rigor de los problemas del devenir cotidiano. A esto se suma la incomprensión ambiental, la ironía con que son recibidos sus asertos, la frialdad de una sociedad regida por móviles, generalmente, interesados y pragmáticos. El poeta realiza un juego de dos alternativas: o se escurre, como un pez, en la atmósfera cristalina de sus sueños o se impregna de áspera veleidad para combatir aquella incomprensión, aquella frialdad, aquella ironía. El caso de Mallarmé, quizás el más heroico de todos, nos permite considerar hasta qué dolorosos extremos puede alcanzar dicho desamparo.

El estudio de la evolución dialéctica del pensamiento poético, desde los albores románticos hasta nuestros días, es también el estudio de la progresiva separación entre el poeta y el público. Tiende esta separación a agudizarse, como un ángulo de perfiles infinitos, sustrayendo la inopuntualidad y la falta de inteligencia entre la obra poética y el lector. No existe ninguna duda de que Baudelaire es un poeta de escaso mérito para mucha gente de sensibilidad arromadizada y de que sus contemporáneos, con muy esporádicas excepciones, no sintieron ningún especial interés por su inmensa, trágica poesía. Pero así y todo, Baudelaire era mucho más comprendido de lo que fué, más tarde, pongo por caso, Mallarmé, autor de un poema que hasta el día de hoy permanece misterioso y solitario, como espléndida flor de una zona de lujo y de vacío. Me refiero a "Un coup de dés"... extraordinaria flor, cuyos pétalos continúan deshojándose en la poesía de nuestros días, a manera de abono permanente.

¿Será necesario recordar a Petrus Borel, maldito entre los malditos? Cuando recuerdo el melancólico caso de Xavier de Forneret o el del autor de "Los Amores Amarillos", más me convengo de la inactitud constante de la poesía, de la auténtica poesía. (El adjetivo auténtico se impone, a pesar de todo, aun cuando bastaría la sola mención de poesía para eludir todo adjetivo; pero se hace necesario introducir un concepto valorativo para distinguir, por ejemplo, a Sully Prudhomme de Arthur Rimbaud y, en Chile, a Washington Espejo de Stella Díaz Varín). A la aparición de los "ismos", esta separación entre el público y el poeta es casi absoluta. Los poemas de Apollinaire encuentran ya una mínima repercusión, y la poesía surrealista, posterior en el tiempo, junto con desdenar esa repercusión, se hace, por lo contrario, tangiblemente cruel y provocativa.

Ahora bien, ante el mencionado problema, ¿cuál es o cuál debería ser el rol del crítico? En último término, ¿qué es el crítico? A mí me ocurre pensar que el crítico es un lector sagaz, de más afinada sensibilidad que el resto de los lectores. Si se cumplieran las condiciones ideales expresadas y el crítico fuera, en realidad, un lector sagaz, capacitado para dicho ejercicio por un prolongado entrenamiento sensorial e intelectual, él debería ser, y no otro, quien sirviese de puente de unión entre una poesía que crece en una dirección inactual, y el gusto de un público poco inteligente y, por lo general, desorientado. Sin embargo, no ocurre así. El crítico es hombre tan desorientado como los demás, y contribuye con

juicios, que nacen de un mal llamado eclecticismo, a aumentar la desorientación y a anondar la diferencia entre los gustos ambientales y las aparentemente herméticas aspiraciones del poeta. Es, en este sentido, de interpretación, de valorización y sinuación, por donde puegra la poesía. Los poetas escribimos para el público, queremos trascender hacia sus sueños, repercutir en su sensibilidad, transformar estéticamente su imaginación y provocar el desborde cotidiano de su fantasía contenida y malograda. Pero, ¿qué pasa?

El mundo moderno descansar sobre convenciones de carácter utilitario. Es inútil que el poeta predique una moral más alta, de desinterés y sacrificio. El jugo creador de la imaginación parece que ha sido abandonado, y se exige, cada vez más, de la obra de arte una secuencia o predicado de interés inmediato y aplicación práctica. El hombre contemporáneo vive oprimido en los estrechos márgenes de una cárcel, de una cárcel, que el genio de Kafka ha descrito en ese maravilloso relato que se llama "La Madriguera", y en donde un miserable reedor se desplaza a lo largo del relato en una desesperada lucna por su propia conservación. Verdadero topo, el hombre contemporáneo se niega a ver las incalculables posibilidades irracionales, de aventura cotidiana y peripécia imaginativa, que fluyen de la vida, del choque contradictorio entre sueño y realidad, burguesía y proletariado, trabajo sórdido e inspiración estupefa. El poeta, el auténtico poeta (vuelvo, como veis, a insistir en mi adjetivo ponderativo) trata de escapar por entre los barrotes de la cárcel moderna, y, al intentarlo, se expresa en un lenguaje impropio, inoportuno y casi bárbaro.

Lo mismo ocurre con el pensamiento científico, tanto en la bioquímica, la física o las matemáticas. El hombre de ciencia vive una aventura muy parecida a la del poeta y de todo artista verdadero. La proyección de su pensamiento se dilata sobre un mundo invisible, opera sobre una frontera mágica, de peregrino encantamiento. ¿No es realmente sugerente y significativa la coincidencia de que una fórmula de Einstein o Rutherford obtenga tan limitado entendimiento como un poema de Peret o de Raymond Roussel? Existe un profundo divorcio entre el hombre corriente y el pensamiento del hombre ultraespecializado en una disciplina de carácter científico o artístico. Ambos necesitan de exégetas adecuados, que abuelvan la distancia que los aísla. El exégeta o crítico puede constituir el puente por donde las ideas nuevas, las formas nuevas, habrán de pasar.

La crítica de poesía en Chile no existe. Es inútil que se invoque el nombre de un Clarence Finlayson, cuyo pensamiento formado en la escuela neo-tomista de Maritain, de extracción burguesa, no creo que sirva para el caso particular que aludimos, y que, por otra parte, es solicitario y esporádico; es inútil, asimismo, pensar que la poesía debe permanecer en constante peligro. Esto no pasa de ser una frase. La vida, ya se sabe, es constante peligro, y todos estamos de acuerdo en que hay que defenderla. Lo que se quiere es vincular al poeta, conectarlo, que no se evada en inútiles ensueños personales, y que el crítico cumpla con esa tarea de vincularlo, de conectarlo, de interpretar sus ensueños para que estos ensueños sirvan al hombre y den alimento a la imaginación creadora, concitando la poesía que duerme aherrojada en el fondo de una humanidad torturada por feroces imperativos.

T. C.